

Ana Campoy • Eugenia Ábalos

Pepa Guindilla

¡CONTRA
EL MUNDO!



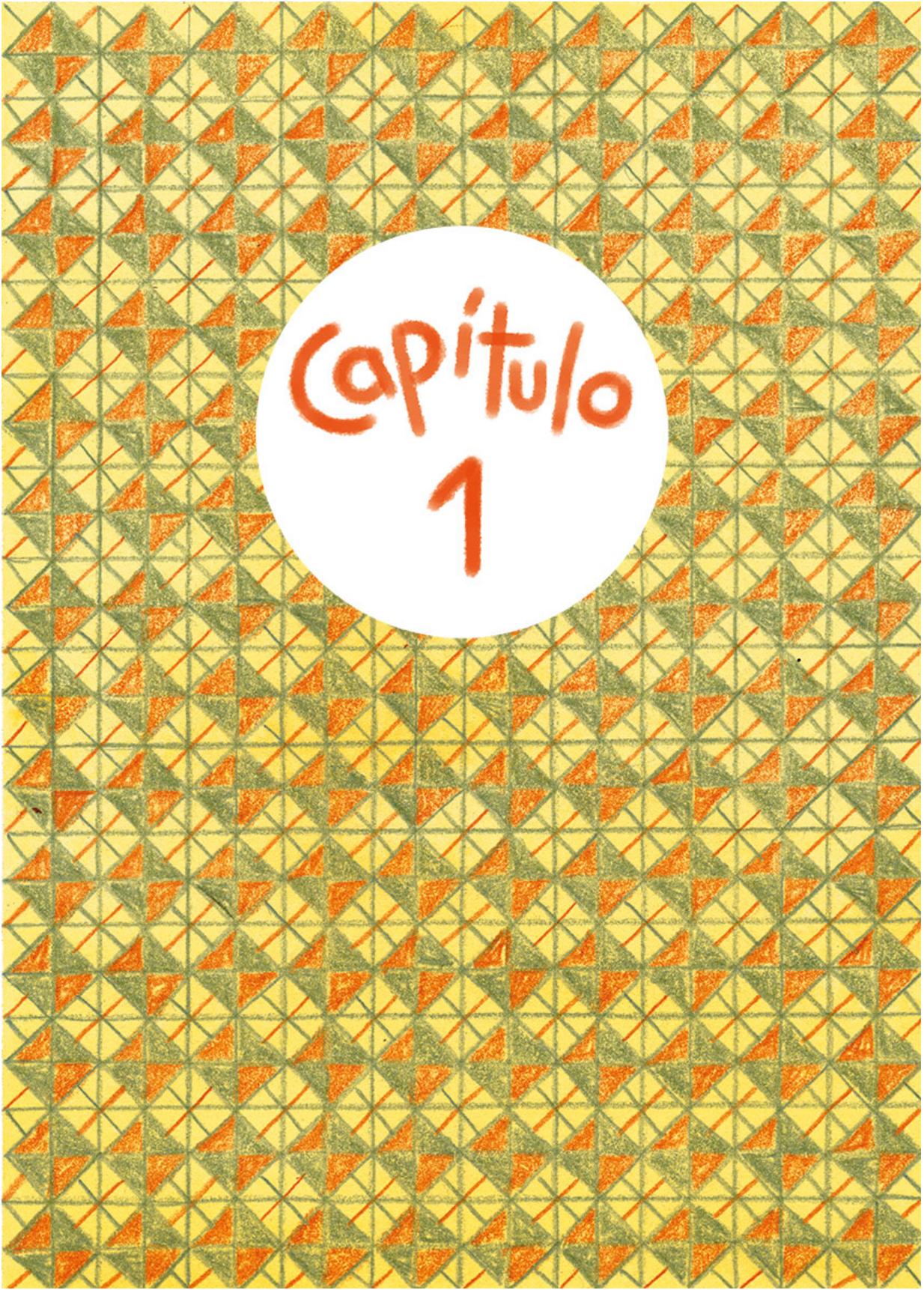
ørdicainfantil

Ana Campoy - Eugenia Ábalos

PEPA GUINDILLA

¡Contra el mundo!





Capítulo
1



El candidato

Nunca olvidaré aquel primer día del resto de mi vida. Sí. Ya lo sé. Así, de primeras, es raro que os hable de algo de lo que no tenéis ni idea todavía. Pero hagamos un trato: fíaos de mí. Os prometo que merecerá la pena.

Es importante que confiéis en lo que yo os diga. Porque si queréis entender bien toda la historia y flipar con lo que llegó después, no hay otro modo. Tened un poquito de paciencia y ya veréis, ya. ¡Me lo agradeceréis!

Decía que hubo un día en el que mi vida cambió. Aunque no solo para mí. Los cambios llegaron también para los demás. Y por «los demás» quiero decir a mi familia. Tooodos nosotros.

Si habéis llegado aquí de nuevas, no sabréis de quiénes os estoy hablando. Por eso, creo yo que un resumen

rapidito no le hará mal a nadie (si ya nos conocéis, no importa. Quedaos y así refrescáis la memoria. No hace falta que os saltéis esta parte):

Suelo contar que mi familia es bastante grande y que no para de expandirse, igual que el universo. Somos muchos y nos repartimos entre dos casas, como si fuéramos dos galaxias bien organizadas. Pero centrémonos, porque si no, no os vais a enterar de nada.

Por un lado, tenemos el piso de papá, donde vivimos él y yo solos la mayor parte del tiempo, aunque algunas veces se viene Violeta, mi madrastra y también vecina.

Violeta se queda solo algunas noches en nuestra casa porque dice que prefiere conservar sus libros y su independencia en su propio piso (que está al lado del de papá). Y a mí me parece genial porque si cuento con el piso de Violeta sería ya como tener tres casas y sentirme multimillonaria.

Bastante cerca de allí, en otro piso un poco más grande, vivimos mamá, Gary (mi padrastra), mis dos hermanos (Sophie y Andrew), Señor Bigotes y yo. Es un piso bastante majo a pesar de que tenga un solo baño. Allí estoy los días que no duermo en el de papá (alguna vez me he quedado a dormir en el de Violeta, y algún que otro sábado, en casa de mi amiga Bárbara. Pero como han sido pocas noches, no cuenta).

Casa de mamá
↓

Casa de papá
↓

Pepa
↓



Probablemente os estéis preguntando si por el hecho de vivir entre dos casas tengo cosas repetidas. Pues sí. Algunas, como el cepillo de dientes, la lamparilla del escritorio (que es perfecta para leer antes de dormir y no quiero otro modelo) o la ropa interior tienen que ser dobles a la fuerza. Pero otras cosas no, porque o van de un sitio a otro en mi mochila o las uso solo en cada casa y así las disfruto mejor.

Como mi pollo despertador. Me lo regaló la abuela Marilyn (la madre de Gary), y le tengo un cariño especial. Porque gracias a él Violeta llegó a nuestra familia. Pero eso ya lo expliqué en su momento y no es cuestión de irme repitiendo. Con todo lo que tengo que contar sería una irresponsabilidad.

Siempre digo que hay días mágicos. Esos en los que todo está perfectamente planeado y parece que la vida es perfecta y sale tan bien como en las películas. Hay otros, en cambio, que son un cagarro. Como si alguien se hubiera empeñado desde por la mañana en hacerte la puñeta. Y el día del que os hablo, ese día en el que todo cambió, fue uno de esos que parece que están dados la vuelta. Como cuando te pones la camiseta del revés sin darte cuenta. Un día caca de perro.

Yo no sé vosotros, pero a mí lo que más me gusta hacer por la mañana es desayunar. Es que soy incapaz de pensar en otra cosa hasta que me he tomado el zumo y la tostada. Y, si alguna mañana a la tostadora le da por salir ardiendo (como la mañana de aquel día), no llevo nada bien irme al

colegio sin tomar nada.

Aquella mañana de jueves (sí, eso es importante, ya veréis) tenía que haberme imaginado que el detalle de la tostada ya me estaba avisando. El día no iba a ser como el resto. No me di cuenta porque ya os digo que sin desayunar no doy pie con bola (con todo el lío de la tostadora solo pude tomarme el zumo, y sabéis perfectamente que eso no es un desayuno en condiciones. Me pasé toda la mañana en el colegio muerta de hambre).

Mi amiga Bárbara podía haberme dado un poco de su almuerzo en el recreo (Bárbara y yo somos como un equipo y a veces es como si tuviéramos wifi con la mente), pero ya os digo que aquel día no era normal, y dio la casualidad de que a Bárbara aquella mañana se le había olvidado el bocadillo del recreo. De hecho, ella confiaba en que yo hubiera llevado algo (debe de ser que el wifi mental nos falló). Así que ahí nos quedamos, en el patio, como dos gatos hambrientos a la espera de que llegara el mediodía para salir corriendo a comernos un elefante.

Sí. Ya voy al tema, tranquilos. Toda esta introducción era necesaria, ¿vale? Es que quería explicaros que fue aquella mañana cuando empecé a sospechar que cualquier cosa podía pasar. Y no me equivocaba, ya que para cuando llegué a casa, la vida me tenía preparada una sorpresa. Bueno, más bien mamá.

Aquella tarde, mamá nos explicó que iban a ascenderla en su trabajo. Estaba muy contenta y emocionada por el reto, aunque también agobiada, porque a partir de

entonces pasaría menos tiempo en casa. Gary tendría que ocuparse más rato de nosotros y de la organización familiar. Pero, a pesar de aquel detalle, todo seguiría igual.

El problema llegó cuando Gary apareció por la puerta y dijo que acababan de cambiarle el turno en la academia. No era un ascenso precisamente (Gary es profe de inglés), pero el cambio le iba a exigir trabajar con horario de tarde. Así que el agobio de mamá empezó a comerse rápidamente su ilusión por el nuevo puesto, hasta el punto de que pensó en rechazar ser jefa por unos momentos.

Gary le dijo que ni hablar, que encontrarían una solución. Y así fue. La solución llegó a la hora de la cena, cuando nos comunicaron que habían decidido contratar a alguien que echara una mano en casa.

—Es solo temporal —se disculpó mamá—. Al menos, de momento...

A Sophie eso le sonó a excusa. No le hacía mucha gracia estar con mamá menos tiempo del que estaba acostumbrada.

—¿Viajarás mucho? —preguntó.

—Bueno, un poco.

Mamá hablaba exactamente igual que nosotras cuando alguien (que generalmente es ella misma) nos regaña. Era impresionante pensarlo mientras estaba sucediendo. Un día al revés, ya os digo.

—Pero encontraremos a alguien que os encante, ya veréis —continuó.

Sophie torció el morro al escuchar eso.

—Además, tampoco hay que exagerar —apoyó Gary, que ya veía asomar el drama de Sophie—. Nosotros seguiremos pendientes de vosotros. La persona solo echará una mano. No habrá mucho cambio, en realidad.

En ese momento me dio la sensación de que nuestros padres mentían de pena. Lo sé porque cuando he puesto alguna excusa o ideado alguna mentirijilla sé perfectamente que lo más importante es que no se te vea en la cara. Y a ellos se les estaba notando estrepitosamente. Es que era descaradísimo. Me habría echado a reír si no fuera porque el asunto era importante.



Yo también podría haber protestado, como Sophie. Pues no hay que olvidar que me reparto entre dos casas, que no paso toda mi semana con mamá y Gary y que, por tanto, mi

tiempo con ellos iba a ser menos que el de los demás. Pero pensé en mamá precisamente. En que bastante rollo era estar metida en una oficina aburrida sin pasarlo genial con nosotros por la tarde. No estaba bien ponérselo más complicado. Así que sonreí un poco y le pregunté si había pensado ya en quién vendría.

—Todavía no —respondió—. Pero empezaremos a buscar mañana. Haremos varias entrevistas y contrataremos a una persona que nos guste a todos. Os lo prometo.

Andrew asintió y continuó con su libro. Supongo que le parecía lo más normal del mundo (porque, en realidad, tampoco era como para ponerse tan dramáticos como Sophie).

Pronto vimos que mamá y Gary se lo tomaban en serio. Justo al día siguiente se pusieron a buscar candidatos para las entrevistas. Aunque antes nos hicieron una especie de cuestionario sobre nuestras preferencias.

A Sophie nada le parecía bien. De entre las distintas opciones, siempre negaba con la cabeza y al final no elegía ninguna. Así que mamá dejó de contar con sus sugerencias. Estaba claro que para Sophie nadie sería igual que mamá. Aunque el cuidador se pusiera un cartón con su foto en plena cara. Ni con eso sería suficiente.

Como era de esperar, Andrew dijo que todo le parecía bien (mi hermano no suele complicarse mucho la vida). Y yo sugerí que molaría una persona a la que le gustara ver pelis y series. Así tendríamos cosas de las que hablar. Pero mamá me dijo que eso entraba en el terreno personal y que

tuviera claro que la persona que entrara a trabajar en casa no estaba ahí para entretenerme. Y que debíamos hacerle caso en todo.

Y yo pensé que entonces para qué nos preguntaba. Que decidieran ellos solos a quién iban a contratar.

A los pocos días (ya os digo que el ascenso fue tan rápido como un cohete), mamá nos anunció que esa misma tarde haría las entrevistas de los distintos candidatos. Y nos rogó que, por favor, no molestáramos.

Le dijimos que sí, que nos portaríamos bien. En cambio, lo que no le contamos fue nuestra intención de cotillear a la gente que fuera llegando.

Como mamá no es tonta, nos pidió que decidiéramos un lugar en el que quedarnos toda la tarde sin incordiar. Así que, como el futuro de nuestra familia estaba en juego, Sophie y yo establecimos nuestro puesto de vigilancia en la cocina, que es el mejor lugar para ver el pasillo. Teníamos, además, un as en la manga: como la puerta de la cocina tiene cristal, por mucho que mamá quisiera cerrarla, veríamos pasar a cada uno de los candidatos. Y eso no podrían evitarlo.

Así que Sophie y yo anunciamos que esa tarde haríamos los deberes en la cocina y nos sorprendimos al ver que Andrew se sumaba al equipo. Mi hermano no opinaba, pero tampoco era idiota y se ve que quería supervisar el panorama.

A las cinco en punto, el timbre de la puerta sonó y mamá hizo pasar al primer candidato. Un señor alto que parecía

agradable, pero que tenía una voz que sonaba a lija. Al oír cómo hablaba, Sophie y yo nos echamos a reír (lo siento, es que no pudimos evitarlo). Y, aunque mamá cerró de inmediato la puerta de la cocina, no nos importó porque ya os digo que teníamos todo calculado.

La siguiente para la entrevista fue una chica muy bajita. Era casi como nosotros de alta. No pudimos oírle la voz por culpa de la puerta y porque yo creo que hablaba de un modo tan suave que ni aunque hubiera estado abierta la habríamos oído. Cuando entró, nos pegamos como locos al cristal (Andrew incluido) y mamá, al vernos, nos regañó con las cejas. Hizo pasar a la chica sin voz, que parecía no habernos visto. Y digo eso porque si lo hubiera hecho, lo más seguro es que se hubiera reído. Somos tres hermanos supersimpáticos, y solo de pensar en nuestra cara pegada al cristal de la puerta me sigo partiendo de la risa.

Cuando la chica sin voz se marchó, mamá se asomó un momento a la cocina y colgó un mandil sobre el enganche de la puerta para taparnos el cristal. No dijo nada. Solo nos levantó el dedo para que ni se nos ocurriera tocarlo, cerró y se fue a atender al siguiente candidato.

A partir de ahí, el plan me dejó de gustar. Estar toda una tarde encerrada en la cocina sin saber lo que pasaba fuera empezó a parecerme un verdadero latazo. No era en absoluto el plan. Así que decidí hacer una escapada para ver el panorama.

—¿Qué haces? —me preguntó Sophie cuando abrí la puerta—. Como te pillen, verás.

—Si me pillan, diré que tenía que ir al baño.

¿Acaso Sophie no sabía que la mejor excusa para todo es decir que vas al baño? Siempre es así. Cuando necesitas salir de clase porque acabas de subir de Educación Física y dentro huele a granja escuela, pues dices que vas al baño. Cuando parece que te van a preguntar y no te lo sabes, levantas la mano y vas al baño. Cuando están a punto de descubrirete porque la has liado y se rifa un castigo, te vas al baño. ¿En serio que nunca lo habéis hecho? No me lo creo. ¡Ir al baño es la solución perfecta! Sobre todo para conseguir un poco de tiempo cuando necesitas pensar en qué hacer.

La cuestión fue que salí de la cocina y me adentré en la casa al más puro estilo *ninja*. Como Gary ya estaba trabajando por las tardes, era mamá la que se encargaba de la selección.

Me sorprendió que no se oyera nada, ni siquiera el murmullo de la conversación. Pero pronto me di cuenta del motivo: justo se encontraban en una pausa entre frase y frase (¿puede que para beber agua?). De repente oí la voz de mamá, que explicaba algo de un viaje que había hecho hacía muchos años. Yo me pregunté qué tendría que ver el viaje de mamá con la persona que estaba entrevistando. Me entró tanta curiosidad que no tuve más remedio que avanzar por el pasillo, mucho más allá de la puerta del baño.

Adentrarme hasta ese punto tenía muchísimos riesgos, pues, si me pillaban, la excusa de ir al baño ya no me valía.

Pero como la voz de mamá sonaba desde dentro del estudio, me servía de guía y pude relajarme.

Me dediqué a observar lo poco que se veía por la puerta entornada y que correspondía a las piernas de una persona que estaba sentada. Y, lo más importante, también sus zapatillas.

Os juro que llamaban muchísimo la atención. Eran de un color superalegre. Amarillas, concretamente. Y empecé a pensar en la lista de personas que podrían llevar un calzado como ese. Podía ser un chico o chica, joven o viejo, pero lo que estaba claro es que era alguien muy molón. Y, mientras estaba ahí parada, pensando en las distintas posibilidades, vi que las piernas se movían. Fue como si dentro de mi cabeza sonara una alarma que dijera: «¡Cuidado, Pepa! ¡Cuidado!». Pero lo único que sucedió fue que la pierna derecha se movió para cruzarse sobre la otra pierna.

Fue algo casi mágico. Como si las piernas me estuvieran viendo y quisieran saludarme. Pero lo mejor estaba por llegar. Y la responsable fue una de las manos de la persona desconocida, que se acercó al bolsillo del pantalón, sacó un chicle GUSA de naranja, lo desenvolvió y se lo metió en la boca (bueno, supongo que eso fue lo que hizo la mano: llegar hasta su boca, porque ya os digo que desde el lugar en el que yo estaba no se veía nada de su cara).

No me hizo falta más. ¿Qué más pruebas quería? Estaba claro que esa persona y yo teníamos una conexión. No solo me flipaba su calzado, ¡sino que encima comía mi chicle favorito! Hasta coincidíamos en el sabor y todo: ¡naranja!

¿No os parece una señal absoluta?

A esas alturas, todo estaba lleno de emoción y me era muy difícil controlarme (cuando algo muy guay pasa, es difícilísimo no gritar ni ponerse a dar botes), pero me contuve. Esperé por si encontraba alguna cosa más, igual que hacen los detectives.

Podía fijarme en si llevaba reloj. O en los calcetines, que también hubieran sido una buena pista. Aunque lo que ansiaba de veras era escucharle la voz. Lo notaba dentro como si tuviera una alarma. Aquella persona debía ser la elegida.

El problema era mamá, que hablaba y hablaba y no dejaba meter baza. Y no solo eso, sino que, de repente, detuvo su charla y entonces sí que escuché la alarma sonando de veras en mi cabeza. Me dio tiempo suficiente como para retroceder por el pasillo y que mamá me pillara delante de la puerta del baño, lo justo para ponerle mi excusa habitual.

Sé de sobra que mamá no se tragó que yo estaba ahí porque tenía ganas de hacer pis. Pero las dos hicimos como que era verdad y no hubo más problema.

Cuando volví a la cocina, expliqué a Sophie y a Andrew los avances de mi investigación.

—Bueno, ¿cómo era? —me preguntó mi hermana.

—No he podido verle la cara —respondí—. Pero me flipan sus zapatillas.

Sophie dijo que para eso mejor que me hubiera quedado con ellos en la cocina. Pero yo dije que no. Que si alguien